

---

---

# EL DIOS CRISTIANO, UN DIOS FAMILIAR

## *La familia, opción del Dios encarnado*

---

---

"En los amores perfectos  
esta ley se requería:  
que se haga semejante  
el amante a quien quería.  
Que la mayor semejanza  
más deleite contenía"  
(San Juan de la Cruz)

Se me ha pedido una reflexión bíblica sobre la familia; presentar cómo se ve la vida familiar desde la Palabra de Dios habría sido ciertamente oportuno en unas Jornadas de Espiritualidad Salesiana dedicadas a la Familia. Sin renunciar a la perspectiva bíblica, he preferido centrarme en un motivo menos global pero, en mi opinión, mucho más fundamental: Dios se eligió una madre para nacer hombre; y una familia, para llegar a madurar como tal. El Dios cristiano es un Dios encarnado, un Dios que, queriendo ser hombre, se eligió una familia en la que quiso nacer y crecer aprendiendo a ser hombre. Vivir en familia ha sido opción de Dios: el Dios cristiano es un Dios familiar.

### **1. Encarnarse, opción del Dios salvador**

"Signo distintivo de la fe cristiana"<sup>1</sup> es la confesión de la encarnación de Dios. "La iglesia llama 'encarnación' al hecho de que el hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación".<sup>2</sup> Confesando, pues, la encarnación de Dios – 'gran misterio de piedad' (1Tm 3,16) – afirmamos no sólo que Dios, un buen día, se haya hecho hombre, sino que además, y sobre todo, reconocemos que lo hizo "por nosotros los hombres y por nuestra salvación", según reza la fórmula del Credo Niceno-Constantinopolitano. Dios se hizo hombre "para hacernos [a los hombres] Dios"<sup>3</sup>. No quiso salvarnos Dios, sin hacérsenos semejante, "en todo – ¡muerte incluida! (cf. Flp 2,8)– menos en el pecado" (Hb 4,15).

Fue una opción libre; no estaba obligado Dios a salvarnos, ni – menos aún – a convertírsenos en igual para lograrlo. Fue, eso sí, una decisión guiada, en expresión de san Juan de la Cruz, por amor "perfecto", cuya ley requiere que el amante halle mayor contento cuanto más parecido a su amado logre ser. La opción que Dios tomó de salvarnos coincidió con la decisión de hacerse como nosotros,

---

<sup>1</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica* (Madrid 1992) 463.

<sup>2</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 461.

<sup>3</sup> San Atanasio, *De Incarnatione* 54,3: PG 25, 192B. Cf. San Ireneo, *Adv. Haereses* 3, 19.1.

‘tomando forma de siervo’ (Flp 2,7), uno más de nosotros, ‘haciéndonos semejante’ (Flp 2,7). Si el motivo de nuestra salvación fue el amor que Dios nos tiene, la encarnación fue el modo de su realización.

## 2. Vida de familia, escuela de humanización de Dios

Que para salvar al hombre Dios decidiera hacerse hombre tuvo consecuencias. Señalo dos, las más pertinentes a nuestra reflexión: 1ª. Dios se hizo hombre., *haciéndose hijo* de María virgen. 2ª. Más significativo aún – y, en mi opinión, poco reflexionado todavía – es que el Dios que quería encarnarse, *anduvo en busca de una familia* donde nacer y crecer como hombre; no se contentó Dios con “nacer de mujer” (Gal 4,4), quiso contar con una familia donde crecer “en sabiduría, estatura y gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc 2,52).

### 2.1 Vivir en familia, decisión del Dios encarnado

La voluntad de hacerse humano obligó a Dios a convertirse en hijo: no sólo se hizo hombre, tuvo que aprender a ser hombre *como nosotros*, recorriendo el mismo camino. Y de hecho, la mayor parte de su existencia la pasó en familia, de todos conocido como hijo de José (Lc 4,22; Jn 6,42), hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón (Mc 6,3; cf Mc 3,31-35; Mt 13,55; Hch 1,14; Gal 1,19; 1 Cor 9,5). Dios entró en nuestro mundo a través de una familia y desde ella se familiarizó con nosotros.

Esta decisión divina no parece estar en consonancia con los tiempos que corren. Pocas veces la familia, cristiana o no, en cuyo seno nacemos y crecemos como hombres y como hijos de Dios, se ha enfrentado a “una crisis [tan] generalizada y radical”<sup>4</sup>; la familia está sufriendo “quizá como ninguna otra institución, la acometida de las transformaciones amplias, profundas y rápidas de la sociedad y de la cultura”.<sup>5</sup> No es este el momento de tratarlas, pero me parece oportuno mencionarlas sumariamente, ya que forman el contexto – hostil por desgracia – en el que viven hoy nuestras familias y frente al cual tendrán que ensayar a vivir una vida familia que sea, en sí misma, buena nueva.

En nuestra sociedad actual hay fuerzas que exasperan las tensiones y crisis que la vida familiar normalmente ha de afrontar<sup>6</sup>; me refiero a la separación generacional entre padres e hijos y al extrañamiento, afectivo y real, entre los esposos. Sin duda, resulta más perniciosa la promoción, a través de los MCS, de una ‘cultura’ ajena a la familia que promueve el debilitamiento de la vida familiar a través de su minusvaloración social, la ‘normalización’, cuando no exaltación, de la infidelidad conyugal, la demora o renuncia a la paternidad/maternidad presentada como camino de liberación personal, la consideración del hijo como enemigo del propio bienestar u obstáculo para el tan deseado éxito profesional. En un clima de irrelevancia social, la familia sufre hoy aún más por iniciativas legales, que presentadas como resultado del progreso social o simplemente como derechos individuales, la maltratan indebidamente.

---

<sup>4</sup> Juan Pablo II, *Novo Millenio Ineunte*. Carta apostólica al concluirse el Gran Jubileo del año 2000 (6 enero 2001) 47.

<sup>5</sup> Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*. Exhortación apostólica sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual (22 noviembre 1981) 1.

<sup>6</sup> Juan Pablo II llegó a hablar de “muchas fuerzas que tratan de destruir o deformar” la familia (*Familiaris Consortio* 3).

Todo ello no obstante, el cristiano, agradecido con el Dios de la Encarnación, ha de vivir hoy su fe en un Dios que optó por hacerse hombre en el seno de una familia reivindicando la vida familiar como “*lugar primario de «humanización»* de la persona y de la sociedad”<sup>7</sup> y proponiéndola como evangelio de Dios<sup>8</sup>.

## 2.2 La vida de familia, ‘imposición’ del Dios encarnado

No habría que pasar por alto que Dios se hizo hijo..., imponiendo su voluntad a los padres que se eligió. Dios – ¿por qué no nos llamará la atención? - tuvo que anunciar a sus padres su propio nacimiento y convencerles para que dieran su asentimiento.

Los dos únicos relatos que anuncian el nacimiento de Jesús son, en efecto, la crónica de una inesperada vocación; pues, aunque María y José habían optado por crear una familia antes de conocer la llamada personal a ser la familia de Dios, ni uno ni otro pudo imaginar siquiera que llegarían a ser madre/padre del hijo de Dios. Que Dios decida ser hombre haciéndose hijo pone de manifiesto su necesidad de acogida y manutención, su empeño por hacerse hombre le obligó a buscarse unos padres. Para ellos ahijar a Dios supuso hacerle espacio en lo más íntimo, renunciando al propio proyecto de vida.

### 2.2.1 Un hijo impensable para María, virgen madre (Lc 1,26-38)

El relato del anuncio del nacimiento de Jesús es una unidad literaria y teológica. Su estructura formal es clara: presentación de los personajes (Lc 1,26-27), aparición del ángel y reacción de la virgen al saludo (Lc 1,28-29), mensaje angélico y pregunta de María (Lc 1,30-34), respuesta del ángel y asentimiento de María (Lc 1,35-38a).

La entrada del ángel (Lc 1,26a) y su salida de escena (Lc 1,38b) cierran un episodio donde el mensajero divino ha tenido siempre la iniciativa y María ha reaccionado siempre en progresión, con la contemplación silenciosa (Lc 1,29), la pregunta abierta (Lc 1,34) y el más completo asentimiento (Lc 1,38). Tres veces el enviado le descubre a María el proyecto divino; otras tantas ella responde: a una mayor profundización en la oferta del enviado de Dios corresponde un mayor acercamiento en la respuesta de María.

Antes de identificarla por su nombre, el narrador describe su estado; muchacha en edad núbil, María está prometida – concedida ya su mano (Lc 2,5; Mt 1,18) – a un varón del linaje de David (Lc 2,4);

---

<sup>7</sup> Juan Pablo II, *Christifideles Laici*. Exhortación apostólica postsinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (30 diciembre 1988) 40, donde se explicita que la defensa de la familia debe hacerse mediante el fomento de una cultura a ella favorable y “por medios económicos e instrumentos legislativos”. “El futuro de la humanidad se fragua en la familia! Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia. A este respecto, siento el deber de pedir un empeño particular a los hijos de la Iglesia. Ellos, que mediante la fe conocen plenamente el designio maravilloso de Dios, tienen una razón de más para tomar con todo interés la realidad de la familia en este tiempo de prueba y de gracia. Deben amar de manera particular a la familia. Se trata de una consigna concreta y exigente” (*Familiaris Consortio* 86).

<sup>8</sup> Proponer con fidelidad la verdad sobre [el matrimonio y] la familia es para la Iglesia hoy “una necesidad que siente de manera apremiante, porque sabe que dicha tarea le compete por la misión evangelizadora que su Esposo y Señor le ha confiado y que hoy se plantea con especial urgencia. En efecto, son muchos los factores culturales, sociales y políticos que contribuyen a provocar una crisis cada vez más evidente de la familia. Comprometen en buena medida la verdad y dignidad de la persona humana y ponen en tela de juicio, desvirtuándola, la idea misma de familia... En este contexto, se pide a la Iglesia que *anuncie con renovado vigor lo que el Evangelio dice sobre el matrimonio y la familia*, para comprender su sentido y su valor en el designio salvador de Dios. En particular, es preciso reafirmar dichas instituciones como provenientes de la voluntad de Dios” (Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*. Exhortación apostólica postsinodal sobre Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa (28 junio 2003) 90).

María es, pues, presentada como joven mujer que tiene ya como proyecto de vida el matrimonio (Lc 2,5)<sup>9</sup>; la virginidad a la que aludirá más tarde (Lc 1,34) no será óbice, sino, más bien, el requisito (cf Mt 1,18-24) del proyecto divino.

María es agraciada antes de llegar a ser madre; el hijo está ya pensado por Dios, antes de poder ser deseado por su madre. Preguntando cómo será posible su maternidad, siendo virgen (Lc 1,34; cf Gn 15,8; Ex 6,12), María subraya el contraste entre lo que le ha sido anunciado y lo que ella es y puede; se le ha anunciado una maternidad que no ve factible. Dios le propone un plan para el que no se siente dispuesta ni capacitada. La virgen concebirá el hijo, que no es fruto de vida matrimonial (Lc 1,35).

No pide María una señal para poder creer; desea una ulterior revelación (Lc 1,34), que, concedida, le exigirá aún mayor fe (Lc 1,35-37). Cuanto más le desvele Dios sus planes, más necesario le será a María confiarse en Él. La virgen asiente a cuanto ha escuchado y deja que Dios, haciendo su querer, se convierta en su Señor (Lc 1,38). Y el proyecto divino, un hijo impensable, una maternidad imposible, se verifica en el momento en que Dios recibe el consentimiento de su elegido: Dios es engendrado en el vientre de una virgen obediente; poco después, podrá ser proclamada públicamente 'madre del Señor' (Lc 1,43).

El relato no menciona – hay que notarlo – la concepción del hijo, termina declarando la disponibilidad de una virgen a ser madre. Eso es con lo que Dios no contaba todavía; sólo cuando obtuvo su consentimiento, pudo iniciar su plan. Jesús no fue, como cualquier otro hombre, fruto de un encuentro de amor humano, sino de la confianza en Dios de una virgen (cf Lc 1,24), de la obediencia de una sierva a su Señor (Lc 1,38).

El creyente, como María, no necesita para hacerse con su Dios, para hacer de Dios vida propia, más que de fe: para darle carne y hogar, para, haciéndolo humano, darlo a luz y darlo al mundo, no es preciso milagro mayor que darle confianza y prestarle asentimiento. Con el Dios de María, el siervo es el amo, el criado el señor, la esclava la madre.

### 2.2.2 Un hijo no pensado para José, padre a su pesar (Mt 1,18-25)

El relato del anuncio del nacimiento de Jesús a José, ingenuo solo en apariencia, es fruto de una larga elaboración literaria y teológica y deja ver un claro interés apologético; quiere anclar en Dios el origen del hijo de María (su 'génesis': cf. Mt 1,18), al tiempo que asegura la estirpe davídica a Jesús, incluso antes de nacer, pues lo presenta como hijo legítimo de José; le interesa, además, responder indirectamente, mencionando el reparo de José a aceptar a su esposa María ya grávida (Mt 1,19-20), a objeciones que en ambientes judíos había suscitado la afirmada concepción virginal de Jesús.

Dios descubre a José su plan, ahora – y a diferencia de lo realizado con María – ya iniciado (Mt 1,18), durante un sueño (Mt 1,18.24); a notar que sea el sueño, y no un diálogo como con María (Lc 1,28), el modo habitual que Dios elige para desvelar a José su voluntad y conseguir su obediencia (Mt 1,20; 2,13.19). Dios le va a pedir a José, sin duda, más que a María, que acepte como hijo suyo un niño ya concebido, dándosele a entender con menos claridad, imponiéndose con menos fuerza: el ángel se le apareció mientras dormía.

El sueño, vehículo aquí de revelación de la voluntad divina, sigue a la constatación que José había hecho de que María, su prometida, está encinta: José 'sueña' lo que Dios quiere de él, después del shock que le produce la irrupción del Dios en su matrimonio: lo concebido en ella es obra del Espíritu (Mt 1,18.20; cf. Lc 1,35); Dios, que le ha 'usurpado' su paternidad sin su conocimiento.. ¡y sin su permiso!

---

<sup>9</sup> Según la costumbre judía, se accedía a la vida conyugal al año de haberse comprometido; los prometidos, aunque habitaran separadamente, eran considerados esposos; la muerte de uno enviudaba al otro; con la ceremonia de introducción de la novia en casa del novio se consumaba el matrimonio (Mt 1,20.24).

le pide ahora la aceptación del hecho consumado. Y para convencerlo, el ángel se apoya en cuanto ya había predicho Dios por boca del profeta: la doncella dará a luz un niño (cf. Is 7,14). Justo como es (Mt 1,19), José hace lo que Dios quiere, recibe a María como esposa y a Jesús, como hijo propio. Y si en sueños Dios le manifestó su plan, José tendrá que despertar inmediatamente para realizarlo (Mt 1,24).

Con el consentimiento de José, arrancado sin pruebas, Dios se dotó de un padre para la familia donde crecer como hombre y seguir siendo hijo de Dios.

### **3. El precio de ser 'familia' del Dios hecho hombre**

Tanto María como José, aunque de forma diferenciada como diversas eran su responsabilidad y sus funciones dentro de la familia, tuvieron que pagar un precio por ser familia de Dios. No lo pagaron *para serlo*, no lo hubieran nunca merecido; fueron llamados y ellos asintieron: no es familiar de Dios quien quiere, sino aquel a quien Él se lo propone. La familia de Jesús pagó, eso sí, un precio *por serlo*, como consecuencia de tener a Dios como hijo.

La tradición evangélica, con tanta discreción como honestidad, no ha ocultado los hechos: la relación de María con Jesús, ya desde su infancia pero, sobre todo, durante su ministerio público, fue tensa y distante, una situación que nos puede sorprender y que María mal podía entender, pues no la dejó otra salida que "guardar todo en su corazón" (Lc 2,19.51). María y José tuvieron que ver crecer un hijo en el que 'crecía' Dios, dicho con mayor precisión un niño que crecía mientras le 'crecía' la conciencia de ser hijo de Dios (cf. Lc 2,41-52) y renunciar a hacer de padres de Jesús para hacerse en él creyentes (cf. Lc 8,19-21).

#### **3.1 Durante la infancia y adolescencia de Jesús**

Se comprende fácilmente que la intervención de Dios enturbiase, al menos en un principio, la relación de María con su prometido, José (Mt 1,18-25). Pero resulta tan obvio el hecho de que, superada esa prueba, María dé a luz a su hijo sin entender muy bien lo que sucede a su alrededor (Lc 2,1-19) y, mucho más inexplicable, que lo acompañe en su crecimiento sin comprenderle jamás del todo (Lc 2,41-50). María, bendita mujer que había logrado tener en su vientre a Dios (Lc 1,42), madre bienaventurada por haberle creído (Lc 1,45), tendrá que convertirse en silencioso testigo y atenta oyente cuando tuvo ante sí, de carne y hueso, al Dios que ella había concebido. El contacto diario con el Dios a quien había dado vida hizo de ella, sin duda alguna, una experta en Dios, es decir, la obligó a contemplarlo en la vida diaria "con los ojos del corazón", en acertada expresión de san Agustín<sup>10</sup>.

No había apenas acostado en el pesebre al hijo recién parido, cuando tiene que oír de boca de unos desconocidos – y, además, poco fiables – el evangelio (Lc 2,7.10-12); y mientras los pastores retornan a sus casas glorificando a Dios, María se queda, admirada ante lo ocurrido, meditándolo en su corazón (Lc 2,19-20). Cumplidos los días de la purificación, lleva a su hijo al Templo para presentárselo a Dios; y la sorprenderá cuanto sobre él ya se dice (Lc 2,33) y, sobre todo, cuanto sobre ella misma se predice, a saber, que "una espada traspasaría su alma" (Lc 2,35). ¡Bonita forma – de Dios – de pagar los servicios prestados!

---

<sup>10</sup> De Doctrina Christiana IV 5,7: Obras Completas. Vol XV, Bac, Madrid 1957, 271.

El episodio de la pérdida y el hallazgo de Jesús en el templo de Jerusalén (Lc 2,41-52) cierra el relato de su infancia. El suceso podría haber pasado desapercibido, por normal; ¿a qué madre no se le ha extraviado alguna vez un hijo? Pero para Lucas, el único evangelista que menciona la anécdota, lo ocurrido no es una simple travesura de adolescente, sino preámbulo de la misión personal de Jesús: públicamente Jesús deja de ser hijo de María y José para declararse hijo de Dios (Lc 2,49). Ni la búsqueda, ni la angustia, de los padres estaban justificadas, porque ni se había extraviado..., ni les pertenecía; no lo habían perdido, porque no era de ellos. No fue una casualidad, sino el deber lo que le separó de ellos; no hizo lo que hubieran querido sus padres, sino aquello que de él quería el Padre. Su vida – confiesa por vez primera Jesús – no la domina la familia, sino el Padre. Y, lo que es aún menos excusable – añade Jesús – ellos deberían saberlo. Jesús se debe a Dios Padre; y no se pierde cuando de sus cosas se ocupa.

Los padres de Jesús actúan siempre de consenso (Lc 2,41.43), lo mismo cuando practican la ley (Lc 2,41.42) que cuando buscan a Jesús (Lc 2,44-47), aunque sea María la que reacciona (Lc 2,48). Se comportan como padres normales. En realidad, lo que no era normal fue el comportamiento de Jesús. Y no tanto por el extravío, que no lo fue, sino por la respuesta desconsiderada, que la hubo. María (Lc 1,31-32.35), como José (Mt 1,20), conocía el origen divino de su hijo, pero no alcanzó a entender del todo su comportamiento, que se hubiera quedado en Jerusalén sin previo aviso (Lc 2,45-46), ni, mucho menos, su reacción, negarles el derecho a estar preocupados por él (Lc 2,48); a medida que crecía, su hijo se le iba volviendo un extraño. No por estarle más próximo lo comprendía mejor; los que le estuvieron más cercanos no lo lograron entender (Lc 9,45; 18,34).

Pues bien, si la respuesta de Jesús a su madre es poco comprensible (Lc 2,49), menos que su comportamiento anterior (Lc 2,43), más ilógico aún es que retorne a casa con sus padres y les quede sujeto. La filiación divina, reivindicada tan temprano por Jesús (Lc 2,49), no le libera de la patria potestad; vuelve con sus padres a Nazaret y a la obediencia sin excepciones (Lc 2,51). Tal regreso, tras una expresión tan rotunda de su identidad, hace extraordinario lo ordinario: Jesús retorna a Nazaret con María y José, vuelve al hogar y a la obediencia, pero como hijo de Dios.

La incompreensión de María es más que comprensible; su desconcierto va aumentando a medida en que aumenta su tiempo de convivencia con el hijo que se debe sólo al Padre. A María no le pasa desapercibido lo ocurrido. Y aunque no lo entiende, tampoco lo olvida; en el corazón guarda lo sucedido (Lc 2,51b). Mientras tanto, Jesús sigue progresando en sabiduría (Lc 2,52; cf 2,40), creciendo en madurez y gracia ante Dios y los hombres. Crece ante ella el hijo; y debe crecer en ella su fe en Dios; acompaña el crecimiento de su hijo con el crecimiento de su fe; se ve obligada a desistir de ejercer como madre para hacerse creyente.

### **3.2 Durante el ministerio público**

Es de sobra conocido el silencio que sobre la figura de José guarda la tradición evangélica, excepción hecha de los relatos de la infancia. Su práctica desaparición durante el ministerio público de Jesús, pasión y resurrección, ha hecho suponer su muerte. La ausencia de noticias sobre él desaconseja aventurarse a reconstruir su relación con Jesús adulto.

No nos queda, pues, más que María para captar lo que significa ser familiar de Dios durante ese período. Pues bien, en comparación con Lc 1-2/Mt 1-2 sorprende la escasa atención que el resto del evangelio dedica a María (Lc 3-24; Mt 3-28), donde suele venir identificada, casi siempre (cf. Mt 13,55), como 'la madre de Jesús' (Mt 12,46-47; Mc 3,31-34; Jn 2,1.3; 19,25)<sup>11</sup>.

Más estrecha en los inicios, antes y después del nacimiento de Jesús, la relación de María con Jesús se fue haciendo menos familiar durante la época del ministerio público, y apenas si hubo algún contacto

---

<sup>11</sup> El nombre de María no aparece en la genealogía de Jesús (Lc 3,23, cf Mt 1,16), quien será conocido como hijo de José (Lc 4,22; Jn 1,43; 6,42), hijo de María (Mt 13,55; Mc 6,3).

en los momentos finales, durante la semana de su pasión y resurrección. Desde un punto de vista estrictamente histórico, hay que presumir que esta etapa fue la más duradera – y la más dura – de la vida de María: cuanto más tiempo su hijo vivía, menos le pertenecía.

No deja de ser significativo que, en la tradición evangélica, la madre de Jesús cada vez aparezca menos en la narración (Lc 2,41-52; 8,9-11; 11,27;38; Jn 2,1-11) y, si aparece, apenas tenga algo que decir (Jn 19,26-27; cf. Hch 1,14). Testigo de excepción de esta paulatina desaparición [literaria] de María es Lucas, quien en dos breves escenas confirma la distancia que separó a la madre del hijo, mientras misionaba Galilea. La primera, situada en los inicios de la actuación de Jesús, narra el encuentro frustrado con su madre y familia (Lc 8,19-21). La segunda escena, mediado ya el ministerio, Jesús es alabado mientras predica, y su madre bendecida *in absentia* (Lc 11,27-28); el primer episodio es recordado también por otros evangelistas (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; cf. Jn 7,2-5); el segundo es típico de Lucas.

En la primera escena lucana la madre de Jesús aparece acompañada de los hermanos (Mc 3,32.35) – se omite la figura del padre (cf. Jn 2,12) – que van a su encuentro, preocupados por una excesiva actividad (Mc 3,20-21). La familia de Jesús – el dato es significativo – no le acompañaba mientras él se dedicaba a la predicación del reino y, según parece, no compartía su proyecto (Jn 7,3.5). De hecho, tendrá que soportar, públicamente, el rechazo de Jesús, quien se profesa hijo y hermano sólo de quien oye y hace la palabra de Dios (Lc 8,21), quienquiera que sea.

El Dios de Jesús encuentra sus hijos entre quienes buscan su voluntad; es Jesús mismo quien ha considerado hermano, y madre y padre, a quien se le hermana en el esfuerzo por buscar el querer de Dios y ponerlo por obra. Habría que preguntarse en que ciframos nosotros la familiaridad con Cristo: ser queridos por Jesús, ¿significa obedecerle o que nos obedezca? La familia de Dios se construye, hoy como ayer, a base de obediencia; no se hace hijo más que el siervo; tal fue el caso de Jesús (cf. Heb 5,7-8) y tal fue el de su madre (Lc 1,38).

La otra escena (Lc 11,27-28) es muy breve, pero resulta verosímil y hasta simpática. Estando predicando, Jesús es interrumpido por una mujer de entre los que le escuchaban, que lo proclama ‘a gritos’, por vez primera, bienaventurado. En realidad, la bienaventuranza va dirigida a la madre; pues, siguiendo lo acostumbrado en la cultura mediterránea, se evita bendecir o maldecir directamente; el éxito del hijo hace feliz a su madre (Lc 1, 25). La formulación de la bienaventuranza es realista y gráfica; bendice las partes corporales más ‘maternales’; pero el destinatario es el hijo, aquel que se benefició de ellas. Sorprendentemente Jesús responde con otra bienaventuranza: más gozoso que haberle dado la vida, es tener la Palabra como ocupación de por vida. Un creyente puede ser más feliz que la madre física de Dios; mejor dicho, la fe es más fecunda que la fecundidad maternal. La felicidad de María no estriba en la maternidad de Jesús, cuanto en la obediencia a Dios (Lc 1,38.48).

La presencia de la madre de Jesús en el cuarto evangelio, aunque escasa, es significativa: recuerda Juan dos episodios desconocidos en la tradición evangélica y, en especial, los vincula con la hora de Jesús, el tiempo de su manifestación, y con la fe/fidelidad del discípulo. En ambos, la madre de Jesús viene identificada por el hijo como *mujer* (Jn 2,4; 19,26), cuya presencia, activa en la aceptación de lo que Jesús diga, posibilita una nueva relación de Jesús con sus discípulos. En Caná, en un raro momento de armonía familiar, van juntos a una fiesta (Jn 2,1); allí, y antes de atender a María, Jesús la reprochará, ante los siervos de la casa, su intromisión en su vida y en el proyecto de Dios (Jn 2,4). Y cuando Jesús esté muriéndose en la cruz, deberá aceptar, sin rechistar, como hijo al discípulo que Jesús amaba: tendrá que hacerse madre del amigo de su hijo (Jn 19,26-27).

Como a todo creyente, a María tuvo que resultarle más fácil concebir a su Dios que convivir con Él. Quien llegó a ser madre de Dios cuando se declaró su sierva (Lc 1,38.42), permanecerá madre sólo permaneciendo obediente (Lc 8,21; 11,27-28). Tener a Dios como miembro de la propia familia, tenerlo en casa todo el día, no le hizo a María más fácil la convivencia. María tuvo que aceptar una serie de acontecimientos, que ni planeó ni quiso, que ni siquiera pudo imaginar, mientras su hijo crecía como hijo de Dios al tiempo que se hacía más hombre (Lc 2,52).

## 4. Conclusión

El misterio de la encarnación nos ha desvelado la voluntad salvífica de Dios, cuya fuerza – ha dicho recientemente Benedicto XVI – “es su bondad... Es así como El nos salva. Y así es como nos muestra lo que nos salva”<sup>12</sup>: la encarnación no es sólo salvación cumplida, *hecho* salvífico, es también *método* de salvación, camino para su apropiación.

Que Dios quisiera salvarnos le ‘obligó’ a volvérsenos semejante; una vez hecho hombre, quiso aprender a serlo *como nosotros* aprendiendo a madurar como hombre en el seno de una familia, “cuna de la vida y del amor en la que el hombre «nace» y «crece»”.<sup>13</sup> Es la experiencia familiar del Dios hombre lo que convierte a la vida de familia en normativa para aprender a ser hombres creciendo como hijos de Dios (cf. Lc 2,49-52).

1. Vivir en familia es consecuencia de la decisión de un Dios que quiso asemejarse a nosotros para salvarnos. Para el cristiano la familia, la “escuela de humanidad más completa y rica”<sup>14</sup> no es – en primer lugar – opción estratégica que defender, sino ‘buena noticia’ que vivir, evangelio que testimoniar.
2. Como cristianos, la vida de familia es el modo de crecer, como Jesús, en humanidad aumentando la conciencia de ser hijos de Dios. Y como salesianos – y por opción de Don Bosco – es el modo normal de vivir nuestro carisma y de realizar nuestra misión. En consecuencia, no queda a nuestro arbitrio – ni como cristianos, ni como salesianos – el vivir en familia nuestra común vocación, ni es electivo el promover la vida de familia en el apostolado<sup>15</sup>.
3. Ser familia donde crecen los hijos de Dios tiene un precio. Tener toda la vida de familia como vocación y misión no significa que Dios pida a cada uno las mismas renunciaciones. María y José tuvieron que consentir la intromisión de Dios en sus vidas y en sus proyectos, pero el precio que pagaron fue diverso en el recorrido y por sus exigencias.

Roma, 6 de enero 2006

---

<sup>12</sup> Discorso nell’udienza alla Curia Romana in occasione della presentazione degli auguri Natalizi, 22.12.2005: *L’Osservatore Romano* (23.1.2005), 6.

<sup>13</sup> *Christifideles Laici*, 40

<sup>14</sup> Cf. FC 21. Conc. Ecum. Vat. II, Const. pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 52. Es ilustrativo, y conmovedor, el testimonio del card. Ratzinger, que escribió a propósito de la muerte de su madre: “Non saprei indicare una prova della *verità della fede* più convincente della *sincera e schietta umanità* che la fede ha fatto maturare nei miei genitori” (J. Ratzinger, *La mia vita*. Autobiografía. San Paolo. Cinisello Balsamo 1997, 97).

<sup>15</sup> “Per noi, figli di Don Bosco, la famiglia non può sembrare un tema estraneo alla nostra vita e alla nostra missione... Per noi, Famiglia salesiana, vivere in famiglia non è semplicemente una scelta pastorale strategica, oggi tanto urgente, ma è una modalità di realizzare il nostro carisma e un obiettivo da privilegiare nella nostra missione apostolica. Come *tratto carismatico caratteristico*, noi Salesiani e Membri della Famiglia Salesiana viviamo lo spirito di famiglia; come *missione prioritaria*, condividiamo con le famiglie, che si affidano i figli, il compito di educarli ed evangelizzarli; come *opzione metodologia educativa*, lavoriamo ricreando nei nostri ambienti lo spirito di famiglia” (P. Chávez, “E Gesù cresceva in sapienza, età e grazia” (Lc 2,52): ACG 392 (2005) 17)